

LA HISTÓRIA: TERJE HENK

A TRADUTORA PORTUGUÊS: ANA SOFIA HENRIQUES

OS TRADUTORES A ESPAÑOL: HELEN BARNDÖK Y LUIS CORTIJO

Colete e Ganchos

Ziguezague. Ziguezague. Ziguezague.

Era uma vez um coelho que era muito bom a criar ganchos. Todos os alfaiates se regozijavam quando o coelho passava velozmente. Muitos casacos ficavam subitamente com cabides. Os homens da fábrica de portas também respeitavam o coelho. Ao amanhecer, colocavam as portas lá fora viradas para cima contra uma parede. Quando o coelho ziguezagueava por ali, todas as portas ficavam com puxadores.

De início, o coelho fazia aquele ziguezaguear para confundir a raposa. Estes movimentos serpenteados ajudavam-no a salvar a sua própria pele.

O coelho não era muito falador. A sua palavra não era tão forte como a de um leão. Havia sempre alguém que falava por cima dele. Em vez de falar, o coelho focava-se nas ações. O medo forçava-o a agir velozmente. O coelho tinha medo de um lince, de uma raposa e de um caçador.

Mesmo quando não estava a correr de um lado para o outro, o coelho mantinha-se quente. A sua pelagem era quente porque era abundante, cheia de ideias por revelar. Todos os pensamentos que tinha tido nos seus percursos que não tinham ido para além do seu pelo, cravavam-se na sua pele.

Uma vez o coelho ouviu uma discussão entre duas pessoas que passavam por ali.

“De certeza que não tens frio?”

Chaleco y pasador

Pasador. Pasador. El conejo pasador.

El conejo era un pasador tremendo, siempre pasaba en zigzag. Todos los sastres se alegraban al ver al conejo pasar. Cada vez después de pasar el conejo los abrigos acababan con sus nuevos pasadores puestos. Los hombres de la fábrica de puertas también apreciaban al conejo. Por las madrugadas sacaban las puertas fuera del taller. Cuando pasaba el conejo, se quedaron todas con el pasador echado.

El conejo pasaba zigzagueando sobre todo para confundir al zorro. Así salvaba su propio pellejo.

El conejo no hablaba mucho. Su palabra no era tan fuerte como la de un león. Siempre había alguien que hablaba por encima de él. En lugar de hablar, el conejo se centraba en actuar. Iba apresurado por su propio miedo. El conejo tenía miedo de un lince, un zorro y un cazador.

El conejo nunca pasaba frío, aun cuando no pasaba el tiempo corriendo. Su pelaje era cálido porque era espeso, lleno de ideas sin decir. Todos los pensamientos que había tenido en sus viajes y que no habían llegado más allá de su pelo, se metían por debajo de su piel.

Una vez el conejo escuchó una discusión entre dos personas que pasaban.

—¿No tendrás frío?

—¡Que va! Tengo un chaleco de piel de conejo.

“Claro que não, tenho um colete de pelo de coelho.”

O coelho arrepiou-se.

Não foi a conversa dos humanos que lhe provocou aquele arrepio.

Conseguia sentir que havia conversas de coelho a pairar no ar.

Os coelhos que tinham sido transformados em colete contavam histórias.

A pessoa que levava o colete de pelo de coelho

era como um audiolibro na floresta.

O coelho ouviu muitas histórias dos coelhos

que já não estavam vivos. Escutou-os com atenção.

Ao mesmo tempo, gravou as ondas sonoras na sua pele.

O coelho pensou em deixar que o transformassem num colete,

para poder viajar pelo mundo e contar histórias a outros coelhos.

Passou toda a noite a matutar naquela ideia.

Ao amanhecer ouviu subitamente um pássaro a chilrear-lhe ao ouvido.

“O que estás tu, coelho, a tramar aqui? Por acaso, começaste a pôr ovos?”

O coelho, tranquilamente, respondeu: “Estou a pensar.

De uma ideia nasce outra.”

O coelho apercebeu-se de que podia espalhar as suas ideias

através de um chapéu, de um par de luvas ou de um colete.

O coelho pesou todas as opções. Sentiu que estava na hora de decidir.

Saltar para a frente da arma de um caçador era, na sua opinião,

a pior ideia possível. Ele não iria deixar que a sua pelagem se

transformasse num audiolibro, de forma nenhuma,

quer fosse um colete, umas luvas, ou um chapéu.

O coelho escolheu a vida e o ziguezaguear.

Depois de tanto pensar, a sua pelagem estava pesada com

tantos pensamentos, que deixou cair alguns no chão.

Quem reparou neles, encheu-se de alegria.

Al conejo le dieron escalofríos.

Pero no fue la conversación entre los humanos lo que lo causó.

Podía sentir que había conversaciones de conejo en el aire.

Los conejos que se habían convertido en el chaleco contaban historias.

El divulgador de los cuentos de conejo, la persona que llevaba el chaleco,

era como un audiolibro andando por el bosque.

El conejo escuchó varias historias de los conejos

que ya no estaban entre los vivos. Escuchó con atención.

Al mismo tiempo, grabó las ondas sonoras en su pelaje.

El conejo consideró dejarse convertir en chaleco

para poder viajar por el mundo y contar historias a otros conejos.

Así reflexionando se pasó la noche entera.

Al amanecer escuchó de repente el gorjeo de un pájaro en su oído.

—¿Qué estás incubando aquí, conejo? ¿Has empezado a poner huevos?

—Estoy incubando ideas —contestó el conejo con tranquilidad

—De una idea nace otra.

El conejo se dio cuenta de que puede difundir sus ideas

tanto a través de un sombrero como un par de guantes o un chaleco.

El conejo sopesó las opciones. Sintió que era hora de decidir.

Saltar frente a la pistola de un cazador era en su opinión

la peor idea posible. No dejaría voluntariamente que su piel

se convirtiera en un audiolibro de ninguna forma,

ya sea chaleco, guantes o sombrero.

El conejo decidió pasar. Eligió pasarse la vida serpenteando.

Después de tanta reflexión, su pelaje estaba cargado de pensamientos.

Así, al pasar corriendo, dejó caer algunos al suelo.

Quien los notó, se llenó de alegría.